

XXIII

Cuando volvió á la escuela después de tres días de cama, al entrar en el salón de espera, todas las maestras la rodearon abrumándola á preguntas; ella no tenía fuerza para contestar ni una palabra y les suplicó por señas que la dejaran. Ni siquiera osó preguntar por el señor Orveggi, de quien no había vuelto á saber nada; pero que no había muerto. La suplente que fué en lugar de ella en el cortejo fúnebre de la niña, con parte de las alumnas, le dijo que estaba en vías de curación de las dos heridas que se había hecho, una en la frente, al tratar de destrozarse la cabeza contra la pared, la otra en el cuello, más grave, con una navaja de afeitar. La Galli ni siquiera tenía espíritu para alegrarse de esta mejoría; no sólo porque le parecía que hubiera sido para él mucho mejor morir, sino también por un confuso presentimiento de que ella le volve-

ría á ver, no sabiendo ni cómo ni donde, sufriendo nuevos dolores, y ella asimismo con él. Y con este triste presentimiento, sin esperar á la directora, se dirigió hacia su clase, donde casi todas sus alumnas habían entrado ya.

Un paso antes de la puerta se detuvo, sobrecogida por un pensamiento repentino: contó por los dedos y se turbó: los ocho días de suspensión impuestos á la Vinini habían terminado la víspera: por lo tanto debía volver en aquella mañana: quizá estaba ya dentro de la clase. Se sorprendió de no haber pensado antes en la repugnancia que había de sentir al dar lección con ella delante y después de la muerte de la Orveggi. Su corazón palpitaba influido por el miedo, y para dominarlo entró con rapidez.

La Vinini estaba en su sitio acostumbrado.

Todas las alumnas se volvieron á mirarla, cuando la maestra se presentó, excepto, la hija del mozo de cuerda que cubrió su cara entre las manos.

La Vinini tenía la cabeza baja, con los ojos puestos en su cuaderno.

Algo había en su semblante que se asemejaba á turbación, ya que no á dolor; con todo, en el primer momento la Galli no pudo re-

primir un vivo sentimiento de repugnancia y de desdén, que la hizo palidecer. Y este sentimiento aumentó, cuando la muchacha levantando lentamente los ojos, sin alzar la cabeza, les fijó, secos y brillantes en los suyos. Se le agolpó la sangre en la cabeza. Comenzó su lección, sin embargo, poniendo gran cuidado en no volver la vista al sitio de la muerta, y en ocultar la emoción que hacía insegura y apagada su voz. Al cabo de algunos minutos sin embargo, la conmoción se desbordó.

—¡No!—gritó levantándose.—¡Es imposible, es imposible! ¡María Vinini, usted no puede continuar en esta clase! ¡No debía haber vuelto! ¡Yo no puedo resistir la tortura de estarla viendo!

La muchacha, conmovida en el primer momento por tal explosión, se puso á recoger sus libros para marcharse, con manos temblorosas; pero durante la operación recobró ánimos, y cuando concluyó y bajó del banco, se detuvo, agitada, delante de la mesa de la maestra, preguntando en voz baja pero con aire de provocación:

—¿Por qué me echa usted de clase?

—¡Oh, justo Dios!—clamó la maestra, perdiendo todo miramiento.—¡Y me lo pregun-

ta! Pero no lo ha comprendido, ¿no le han dicho que es usted quien ha matado á Julia Orveggi?

—¡No es verdad!—contestó enérgicamente, roja de cólera.—¡Nadie lo ha dicho! ¡Es una injusticia decir eso!

—¡Es una verdad—gritó la maestra,—que debería hacerla desgraciada para toda su vida! ¡Oh, Dios eterno! ¿Se puede dar criatura semejante? ¡Ni una palabra de arrepentimiento, ni una lágrima, ni señal alguna la más fugaz de que su corazón tiene fibras humanas! ¡Mire, yo no la amenazo ya más, le suplico, por su propia alma, que tenga usted compasión de sí misma!

Estas palabras hicieron bajar la cabeza, parecía que de sus ojos quería brotar una lágrima y que sus labios se moviesen para decir algo; tanto, que la maestra, animada por una esperanza, se separó de la mesa, y cogiéndola por un brazo, la empujó suavemente delante del sitio vacío de la muerta:

—¡Mire—le dijo,—haga cuenta que su pobre compañera existe todavía y ceda á un buen impulso: ella la perdonó; pídale usted perdón!

La Vinini miró fijamente con los ojos dilatados al banco, dudando.

—Diga sólo una palabra,—añadió la maestra.—¡Perdóname! Y todos la perdonaremos. Y al decir esto con el impetu de la pasión, le dió una sacudida.

—¡Pues bien, no!—gritó, soltándose el brazo y alzando la cabeza.—No pido perdón porque no tengo culpa... ¡No!... Yo no podía saber... ¡Esto es demasiado! Ea, déjeme salir.

La maestra se quedó horrorizada en el primer instante. Luego con débil voz le dijo:

—Váyase,—cubriéndose la cara con las manos. Toda la clase, conmovida con la escena que acaba de presenciar, prorrumpió en prolongado murmullo.

Cuando la Vinini iba á salir, entró la directora ceñida y rígida en su coraza, como una gruesa guerrera, y extraordinariamente majestuosa. Al primer golpe de vista adivinó lo que había pasado.

La maestra, excitadísima, le contó en pocas palabras todo.

—Ya lo ve usted, señora directora,—concluyó con voz alterada.—Yo no puedo seguir con esta alumna en la clase. Dejó estar las demás razones, la moralidad, la conveniencia... ¡No puedo más!

La directora miró á la Vinini como con de-

seo de decirle algo; pero al ver aquella frente fruncida y aquellos ojos impasibles desistió. Se quedó pensando un momento y luego indicó á la maestra y á la Vinini que saliesen y una vez en medio del salón, llamó á la celadora para que fuera á acompañarla hasta su casa, saliendo la Vinini con la frente alta, pisando fuerte y moviendo con desenvoltura las trenzas de su cabello.

Entonces volvióse á la maestra y le expuso sériamente sus dudas, con palabras corteses y mesuradas. A decir verdad, ella misma debería haber previsto la cosa. Pero el caso era nuevo y difícil. No se podía expulsar á una alumna porque no se había arrepentido de una culpa. ¿Cómo juzgará el hecho la autoridad municipal cuando el padre vaya á quejarse? ¿En qué términos puedo yo informar sin dar lugar á escándalos, sobre una cuestión tan delicada y compleja? ¿Por ventura no ha traspasado usted el límite debido?

—¡Oh! no lo creo — contestó con calor la Galli,—yo he obedecido á mi conciencia y á mi corazón. Cualquiera contingencia que sobrevenga, me resignaré, con tal de no tener que dar clase delante de aquella criatura, que me revuelve el alma. ¡Poco me importa

perder el puesto, sufrir la miseria y el hambre! Yo asumo la responsabilidad de todo.

—Esta era precisamente la declaración que yo pretendía exigirle,—terminó la directora.

—Y con un gesto regio le indicó que podía volver á su clase.



XXIV

La dificultad se resolvió de un modo inesperado. El señor Vinini, al saber lo que nuevamente había ocurrido, tomó la determinación de llevarse á la muchacha, y así se lo anunció aquel mismo día á la directora en una carta extravagante llena de veladas impertinencias y de encubiertas galanterías; las cuales galanterías, no obstante su sentido evidentemente descarado, tuvieron la virtud bastante para hacerle tragar las primeras sin demasiadas amarguras; porque aquel formidable cuerpo no era tan formidable como á primera vista parecía. Y tanto es así que hizo leer toda la carta á la Galli, la cual creyó comprender que el señor Vinini había querido evitar de aquella manera todo peligro de escándalo por consideración á la señora Orveggi, con quien debía tener relaciones bien encaminadas. Le satisfizo la solución y volvió á su escuela con mejores

ánimos, pero viviendo siempre con el inquieto presentimiento de que la historia dolorosa no había concluido, perseguida siempre por la imagen lúgubre de aquel infeliz, del cual no sabía nada y en quien no podía fijar el pensamiento sin echarse á temblar.

Cierto día de lluvia encontró bajo los pórticos de la carrera Vinzaglio á la Orveggi, vestida de luto con suma elegancia; le lanzó una mirada terrible poniéndose pálida, y ella no hizo más que lanzar una ojeada oblicua á su falda llena de lodo, al pasar; no tenía absolutamente en nada cambiado el semblante, y lo que más horror produjo á la Galli, fué colegir por uno de esos movimientos nerviosos del rostro, más expresivos que la palabra, que llevaba un pensamiento de vanidad aún por su vestido nuevo negro.

Pasaron algunos días, y la celadora, que había hablado con la portera de la casa, le refirió que el señor Orveggi se había marchado de Turín. La noticia la r animó. Pero supo á la vez otras que le affigieron, por conducto de la mujer del mozo de cuerda, la cual, sirviendo á familias de la vecindad, se enteraba de la vida y milagros de medio mundo. Vino ésta, una mañana para informarse de cómo iba su hija, y la esperó en la

calle; traía un estado de embriaguez triunfante, y después de haberle contado una famosa lucha cuerpo á cuerpo que la noche antes sostuvo valiente con su marido; lucha en la cual se vanagloriaba de haberlo puesto debajo, gracias á una estratagema de su invención, prorrumpió en exclamaciones compasivas sobre la muerte de la niña Orveggi, anunciando que padre y madre se habían separado.

Ella conocía todos los detalles. Después de una escena tremenda en la que se echó sobre su mujer como un tigre, él huyó de Turín; á los dos días volvió encontrándose con la casa vacía; la mujer había hecho sacar todo, diciendo que todo era suyo, hasta las cosas y los recuerdos de la niña, y no se sabía dónde había ido á parar; él entonces tomó en arriendo un cuartito amueblado en la calle de los Impresores, donde permaneció recluído tres días y tres noche llorando sin cesar, tan fuertemente que desde las escaleras se le oía.

Luego desapareció de Turín otra vez.

Así, trotando detrás de la maestra, á quien la emoción hacía apresurar el paso y tirando brutalmente de la niña á empujones:

—¡Ah, pobre padre! ¡pobre padre!—exclamó. ¡Quiero contarle, el primer día que lo vea, cuánto quería mi Georgina á su hija, que no ha sido posible consolarla! ¡Tiene el mismo corazón que su madre este cominin! ¡Si acaso quisiera dejarle algún recuerdo... á veces!... ¡Porque es un santo varón, lo es, es preciso decirlo así, al no extranguiarla como á un pollo, pensando que por causa suya es por lo que la niña ha muerto, y por aquella otra bestia venenosa de chiquilla con su infame carta!

La maestra, al oír aquellas palabras se detuvo un instante, como acongojada, y venciendo la repugnancia que sentía, para oír con calma á aquella mujerzuela embriagada, bajando la voz, con calor y con acento de súplica, le recomendó por amor del cielo y de todos los santos que si llegaba á hablar con el pobre viejo, se guardase como de un delito de decirle ni media palabra de aquella carta; que él lo ignoraba totalmente; que era quizá su solo y último consuelo el pensar que la niña había muerto sin saber lo que todos sabían, y que el arrancarle aquella ilusión hubiera sido clavarle un puñal.

—¡Prometedme callar!—concluyó la maestra en tono suplicante—¿lo promete?

La mujer estuvo pensando un momento como para fijar bien en su anublado cerebro toda la importancia de la cosa, y luego prometió con extraordinaria gravedad que no chistaría.

—También yo sé lo que es tener conciencia—añadió;—esté segura.—Y pasando de un salto á hablar de su miseria, dijo lamentándose, que necesitaba echarse algo al estómago. La maestra puso en su mano algo, y la dejó, pero no con el corazón tranquilo.



XXV

La escuela entró nuevamente en su marcha acostumbrada y ya no se volvió á hablar de la niña Orveggi. En aquel gran semillero de juventud, la muerte pronto se olvidó.

La primavera trajo también entre aquellas ochocientas muchachas un nuevo y riante florecimiento de vestidos, de delantales y de lazos, una nueva agitación de risas y de caprichos, de pequeñas rebeliones y de pequeñas monerías; por lo cual, la directora, tenía odio á la dulce estación; y al romper las primeras flores del almendro, su humor se exacerbaba. Y entonces, como todos los años, comenzó la lucha de frases cortas, duras y afiladas con las maestras jóvenes, para matar, al nacer, las tentativas que todos los años se renovaban á fin de reconquistar la libertad de vestidos. Y la maestra Dorini muy especialmente, que, para atraerse al novio

definitivo, el que se-gu-rí-si-ma-men-te se casaría con ella, se le rebelaba, poniéndose los más vistosos adornos, y tratándola con las demás compañeras de *vielle prude enragée*.

Aquel año la batalla fué más ruda que nunca: era un continuo sucederse de lazos, flores, colores, escotaduras minúsculas que procuraban entrar en la escuela casi á escondidas, y que condenadas á desaparecer hoy, reaparecían en otra forma al día siguiente, para ocultarse más tarde y despuntar luego otra vez. Todo esto provocaba un vivísimo gorgojo en la sala de espera, donde, gracias al buen tiempo, asomaban furtivamente también las maestras de las dos sucursales, trayendo noticias y anécdotas á la conversación general, en la que directora y padres y aventuras del mundo escolar y menudos secretos de familia y todo género de fruslerías y de jovialidades, se mezclaban con rapidez y calor inusitado. Todo el cuerpo de maestras mostraba sentir ya el influjo de la estación en un cierto incremento de ardores y de alegrías juveniles, interrumpidas por imprevistos momentos de cansancio, llenos de suspiros, y por arranques de colérica impaciencia.

El buen humor predominaba sin embargo.

Hasta la misma maestra "misteriosa," ¡hasta ella! recobraba más vida, y daba rienda suelta con tal furia á su desahogo nervioso de golpear con un pie al hablar, que, á veces, arrebatada por el ejemplo, toda la clase, la acompañaba produciendo un ruido que provocaba la presencia de la directora. La maestra de "antiguo cuño," se aventuraba á dar algún tema de imaginación que dejaba maravilladas á sus alumnas; la napolitana volaba por las escaleras subiendo y bajando como una golondrina, y la redonda Frosetti, más briosa que nunca en sus imitaciones mímicas, llevaba la temeridad hasta parodiar á la directora por detrás, recomponiéndose con humildad cuando aquella se volvía, con una rapidez tal y con tal naturalidad, que sus colegas tenían que morderse los labios para no estallar de risa, y hasta la misma "devota", bajando los ojos, dejaba escapar una sonrisa imperceptible.

La alegre primavera, frente á la autoridad de la directora, hacía irrupción por todas partes en la escuela y encendía almas y ojos, esparcía trinos, perfumes y esperanzas, gérmenes de amor y de locura, tiñendo todos los pensamientos de color azul y todas las mejillas de color de rosa.

Y aquel era casi siempre también en fin, el mes en que la pobre maestra Massi (la maestra fecunda) cometía el despropósito de proporcionarse..., de propinarse... un superintendente más.



XXVI

Era fin de Mayo y la maestra Galli vivía fuera ya de todo temor, cuando una mañana, saliendo de la clase con sus alumnas, se sintió como clavada en el suelo por la aparición de un espectro. Allí estaba el señor Orveggi en su antiguo puesto, cerca de la puerta del salón, en medio de las criadas y de los padres de las alumnas.

Todo lo que puede producir la angustia sobre un rostro humano antes de helarlo con la inmovilidad de la muerte, se había operado en el suyo. Veinte años se habían amontonado sobre aquella cabeza en dos meses. El dolor lo había encorvado, descarnado, hecho palidecer, perder los dientes; los ojos se le habían hundido, torcida la boca, roto las piernas, inclinada al suelo la frente como bajo un yugo de bronce. La barba crecida, los cabellos largos y enmarañados, y los vestidos abandonados, todo lo hacía casi irreco-

nocible aun para quien no hubiera dejado de verlo todos los días.

En el primer momento pareció no haber visto á la maestra; luego fué á su encuentro con paso desigual y el sombrero en la mano. Ella se paró á esperarle porque le faltaron las fuerzas para moverse. Una vez delante de ella quise hablar pero no pudo; lloraba en silencio, respirando fuerte, con los ojos entreabiertos y la boca saliente como un niño. La maestra, esforzándose por recoger la voz, quiso darle ánimo diciéndole algunas palabras.

Él movió la cabeza con aire desconsolado. Luego fué mirando una á una, con los ojos bañados en lágrimas, pero vivos como si buscara un semblante. De repente alargó el brazo y con mano temblorosa sacó de la fila á la del mozo de cuerda. Ella retrocedió asustada; pero lo reconoció y se tranquilizó. Púsole la mano sobre los hombros y la besó en la cabeza ardientemente tres veces. Después, seguido de la maestra entró en la escuela, se acercó presuroso al banco de su hija, y rompiendo en sollozos, puso su cara sobre la banca, la besó, pasó sus mejillas rozando por la tabla, posó en ella una mano con ademán respetuoso y sentido juntamente, y se que-

dó por algún tiempo mirándola como hubiera mirado un ataúd. Entonces dijo á la Galli, las primeras palabras, con trémula voz y señalando al banco con el rostro:

—¡Es la única cosa que me queda... de lo que ella ha tocado!

Y explicó con frases entrecortadas por qué había venido: quería que la maestra le entregara los trabajos escritos de la niña, si los tenía; nada más.

La maestra prometió llevárselos.

De pronto, como si hubiera sentido en sus entrañas una punzadada más viva de su dolor, gritó:

—¡Oh, Julia mía, mi pobre Julia! mi santa Julia,—y con tanto ímpetu se acercó á besar otra vez la banca que chocó en ella con los dientes.

La maestra le levantó á viva fuerza con ambas manos; y en aquel momento le vió en el cuello la cicatriz de la herida hecha con la navaja de afeitar.

Salieron juntos.

Él no miraba á nadie, lloraba sin enjugarse las lágrimas, con los brazos caídos, con los ojos extraviados.

Cuando estuvieron en la calle, saludó á la Galli con un gesto vago, y la dejó.

Ella se paró á observarlo: á los pocos segundos de incertidumbre, le vió que con paso lento se encaminaba detrás de la hija del mozo de cuerda.

